

gloria de haber podido triunfar de los peligros en que se vieron precipitadas por la inesperienza los pueblos que vienen á la vida.

Un distinguido y apreciable publicista europeo contemporáneo, Mr. Reclus, que muestra especial predilección por cuanto se relaciona con nuestra América, ha dicho: «Y no solamente los blancos criollos habian podido vencerse por su larga lucha y por su victoria definitiva, que ellos tambien eran dignos de la libertad como los europeos: todas las castas inferiores sostenidas hasta entonces en una servidumbre sin esperanza, veian al mismo tiempo que un rayo de luz iba á alumbrar su porvenir. Los hombres de las razas mezcladas, que se habian lanzado en su mayor parte á la arena con apasionamiento, y no habian cesado de pelear con una intrepidez igual por lo menos á la de los blancos, habian adquirido por esto mismo el derecho de ciudadanos; la esclavitud de los negros se habia suavizado, y despues sucesivamente abolido por las diferentes repúblicas, los indios civilizados ó simplemente *mansos*, eran rejidos por la misma constitucion y gozaban de iguales derechos que los descendientes, no mezclados, de los antiguos conquistadores españoles. La sociedad americana al volver en sí de su letargo, acogia y llamaba ciudadanos á millones de trabajadores, que hasta entonces habian sido considerados como seres intermediarios entre el hombre y el bruto. Por primera vez se veia que tres razas tan distintas como son los blancos caucasicos, los negros de África y los pieles rojas, se reconocian como iguales y se confundian en naciones que per-

tenecia por su origen á las tres diversas poblaciones. Al presentarse al mundo las nuevas repúblicas, opinaban solemnemente la unidad de destino para todos los miembros de la familia humana, inauguraron su carrera con uno de los hechos más importantes de la Historia.»

Desgraciadamente las costumbres coloniales no desaparecieron de repente, al alejarse de aquellos países el último soldado español. Las inteligencias quedan algun tiempo óprimidas, aun despues de haber roto el cuerpo todas sus cadenas. España dejaba detrás de sí una terrible levadura; el fanatismo religioso. La dictadura jesuítica y la dictadura militar encontraron el mismo punto de apoyo: la ignorancia. He aquí la causa de esas crisis continuadas, de esas revoluciones y contra-revoluciones, que dan por triste resultado el acostumar al pueblo á ver derramamientos de sangre.

En el discurso de 1841, el Presidente de los Estados Unidos, aludiendo á esas estériles luchas, decia: «Los sangrientos conflictos entre esos países son deplorables; tienden á impedir que cumplan sus deberes como miembros de la comunidad de las naciones, y de atender al destino que sus posiciones y sus recursos naturales les darian con justicia el derecho de pretender.» Desde la larga fecha en que fueron pronunciadas estas palabras, las cosas han cambiado completamente. No se pueden negar los resultados obtenidos por estas tan sistemáticamente desacreditadas naciones, llamadas en definitiva á representar un importante papel en los destinos del globo, y así decia la «Revista latino-americana» en Noviembre de 1874: «Pue-

den hoy apreciarse en todos los Estados de la América del Sur los síntomas de la misma fiebre de engrandecimiento que ha producido tan rápidos desarrollos en la América del Norte. La aclimatación de la civilización europea se vé particularmente favorecida por la estremada fertilidad del suelo á penas explotado, la emulación que se ha apoderado de todos los gobiernos, el acrecentamiento continuo de las inmigraciones de los pueblos del Mediterráneo, el bienestar que con dificultad se encuentra en nuestras sociedades demasiado densas; por el número, en fin, mucho más reducido de los indígenas, su docilidad natural y su prontitud en asimilar sus ideas y costumbres á las de la raza latina.»

La hostilidad de un vecino temible como el Brasil, país de esclavitud y siempre dispuesto á engrandecerse á costa de sus limítrofes, ha contribuido mucho á dificultad y entorpecer la infancia de las nacionalidades del Sur de América. Porque, si los hombres de Estado que en ese imperio se han sucedido al frente de los negocios, han diferido muchas veces de opinión en cuanto á lo que se refiere á la administración interior, han estado todos conformes en cuanto á la dirección de la política internacional. Todos han seguido el mismo programa, sin más diferencia que acentuar más ó menos la ejecución; todos han deseado aumentar la influencia brasileña por el lado de la Plata principalmente, haciendo representar á su país en la América del Sur un papel análogo al que representan los Estados-Unidos en la del Norte. Por otra parte, las repúblicas españolas no han encontrado siempre en las viejas mo-

narquías de Europa, el apoyo tutelar que podían y debían esperar.

Y al llegar á este punto, no será inoportuno que de nuevo lamentemos que no se haya conseguido todavía de la manera completa que sería de desear la desaparición ó extinción de los odios ó cuando menos fuertes prevenciones que existen entre la antigua metrópoli y las que fueron sus colonias, entre España y todas las Repúblicas de la América latina. Llamada España por su historia y por su situación geográfica á ser el verdadero vínculo de ambos continentes, el representante natural en Europa de los intereses de nuestros estados, en vez de dejarse llevar por el camino de desatentadas y peligrosas aventuras, en vez de anexiones como las de Santo Domingo, de expediciones como las de Méjico y de guerras como las de Chile y el Perú, debe manifestar á los americanos sincera, cariñosa y leal amistad, haciéndoles entender que solo desea su prosperidad y grandeza, y que en el caso de que vean su independencia y sus intereses amenazados ya sea por los Estados-Unidos del Norte, por el Brasil ó por cualquier potencia europea estará siempre pronta á defenderlos y auxiliarlos. España, en una palabra, debe ser para los estados de la América latina lo que una madre cariñosa para con sus hijos, siquiera estos por haber llegado á su mayor edad se hayan emancipado de la autoridad materna; por qué al fin y al cabo, no son otra cosa que sus verdaderas hijas todas las Repúblicas de nuestra América del Sur.

Si esto es lo que está llamada á hacer España por las Repúblicas españolas de nuestra América, y aun por las

de la Central y por la del Norte, en cambio deben todas estas mirar sin ninguna prevención ni recelo á la que fué su metrópoli, y en vez de echarse á cada dificultad interior ó exterior que surge en brazos de los Estados-Unidos del Norte, del Brasil y de Inglaterra, que son sus naturales enemigos, interesados más ó menos directamente en quebrantarlas y debilitarlas, procurar por todos los medios posibles, sin menoscabo de su dignidad, captarse la estimación y el respeto de la única nación que tiene con ellas verdadera comunidad de intereses y de afecciones, de la única nación que puede sentir su pecho henchido de noble orgullo el día no lejano que estas Repúblicas consigan hacerse respetables y respetadas así en el nuevo como en el antiguo continente; de España, en fin que si ha cometido graves errores en la época de su dominación colonial y aun después que sus colonias se emanciparon, ha recibido de estas graves ofensas, siendo la mayor de todas ellas la ingratitud con que la hemos tratado. Olvídense por una y otra parte las faltas ó si se quiere desaciertos cometidos, procuren los gobiernos de América y España estrechar sus relaciones por medio de tratados de comercio y de amistad, pacten una alianza ofensiva y defensiva, y si se inspiran todos en el más puro patriotismo, España al prestar su desinteresado apoyo y protección á las Repúblicas de la América latina, reportará grandes ventajas materiales y morales, completará la obra del inmortal descubridor Cristóbal Colon y recobrará ante el mundo civilizado la legítima influencia que nunca debió haber perdido; y nuestros nacientes estados contando en Europa

con un protector de las condiciones de España, hará respetar su poder por los que hoy los desprecian y vilipendian. Quizá se nos objete que esto no pasa de ser hoy día una quimera y por ende irrealizable; pero debe convenirse en que aun siendo una quimera, el espíritu se anima en su grandiosa contemplación y el patriotismo se exalta vislumbrando para nuestra queridísima patria dichas de que ojalá lleguen algún día á gozar nuestros hijos.

Pero dejando á un lado nuestros patrióticos deseos que, lo repetimos, no desesperamos de ver realizados algún día, si es que América y España no han perdido su instinto de conservación, reanudemos nuestras consideraciones acerca del concepto y opinión que de nuestra América del Sur tienen formada en el antiguo continente.

Es preciso, les diremos á estos, no olvidar que estas Repúblicas de las cuales se habla con tan soberano desprecio en los periódicos y entre los diplomáticos de la implacable y orgullosa Europa; que estas repúblicas, cuya capacidad política se pone en duda, en medio de los huracanes que las azotan, han resuelto en el sentido de la humanidad, de la razón y de la justicia, las cuestiones más trascendentales: cuestión de razas, cuestión de trabajo, cuestión económica. Habiendo sido abolida en ellas la esclavitud y realizada la igualdad de las razas, el trabajo ha tomado por base el principio mismo de la libertad. En estos países que tienen fama de bárbaros, ó al menos de muy atrasados, la civilización ha obrado, ó al menos hay que convenir en que le falta poco, una gran fusión bajo el punto de vista social, económico y político. En

estas condiciones, la instrucción pública ha alcanzado indistintamente á todos los ciudadanos, sin atender á las diferencias de su origen, sin fijarse en el color de su cara. Así es que Caracas, Buenos-Aires, Santiago de Chile, Lima, Quito, Bogotá, Chuquizaca y Montevideo, sin olvidar la capital del Paraguay, han producido obras de Historia, Literatura, Geografía, Etnología y Política, que se distinguen por la naturalidad y animación del estilo, y por la claridad y belleza del pensamiento. Nuestros poetas, imitadores durante algún tiempo, se han desligado de la influencia extranjera, manifestando empero por un sentimiento de nuestra raza que más ó menos bastardeada es la latina, marcada predilección por los poetas españoles y franceses contemporáneos. Juan Gutierrez, uno de los poetas y críticos más renombrados de Buenos-Aires lo declara con cierta vivacidad: «Hay todavía quien niega, esclama, la existencia de una poesía particular de América, sin embargo, al fin será necesario reconocer nuestra independencia en literatura, como se ha reconocido en política; una y otra han pasado ya al terreno de los hechos.... Nuestros poetas sienten la historia de la patria y la naturaleza americana con corazones apasionados *americanamente*.»

No son estos los únicos resultados. Existen otros de diferente orden que tienen también su grandeza. El desarrollo que han tomado en estos últimos años la mayor parte de los Estados de nuestra América del Sur, deben llamar la atención de los observadores imparciales. En lugar de quejas estereotipadas en las desdichas de las guerras civi-

les, de los cambios presidenciales, de las crisis rentísticas; las palabras que hieren ahora los oídos y que constituyen la divisa del siglo en que vivimos, son las palabras comercio, industria, ferro-carriles, telégrafos, instrucción, derecho, ley, justicia, progreso y libertad. Gracias al acrecentamiento de los medios de comunicación, al establecimiento de comerciantes de Europa y de la América del Norte, la situación material ha mejorado notablemente, tanto para los Estados como para los particulares; las transacciones comerciales haciéndose cada día más numerosas, no dejan ya afortunadamente tiempo para los pronunciamientos.

Estos no serían ya de temer si insiguiendo el saludable ejemplo de algunas de ellas, todas nuestras repúblicas americanas se deciden á tomar sus presidentes del elemento civil, escluyendo para siempre el elemento militar que tal cúmulo de desdichas ha acarreado sobre las mismas. «Para comprender la misión que tienen que cumplir las repúblicas españolas, dice el publicista europeo contemporáneo citado anteriormente, basta mirar el continente que comparten con el Brasil, y en el cual se halla la más hermosa mitad de su dominio. Todo presenta allí el carácter de una maravillosa unidad; la cadena de los Andes, que se desenvuelve con tan perfecta regularidad desde el Cabo de Hornos al Istmo de Panamá; la gran llanura que baja de la falda de las montañas hacia el Atlántico; los ríos entrelazados en sus fuentes, y las riberas marítimas de graciosas curvas, que forman el inmenso triángulo de la América del Sur, correspondiendo con el

de la América del Norte. En esa tierra de Colombia, tan vasta y al propio tiempo de tan sencilla estructura, está escrita ya de antemano la historia de un gran pueblo de hermanos.»

En resumen, puede afirmarse al estudiar el Brasil, que se desenvuelve lenta y pacíficamente, que las antiguas colonias españolas han por fin terminado ese doloroso período de transición que separa el régimen opresivo del régimen de libertad. Algunas son ya prósperas repúblicas; las otras lo serán dentro muy poco tiempo á medida que se estenderá la instrucción, y que los intereses crecientes de la Industria y del Comercio se sobrepondrán á la influencia de los jefes de banderías y á la tenaz intolerancia de un clero fanático. La escasez de población es un gran obstáculo para el progreso; no será pues inoportuno el recordar que el porvenir de nuestra América depende en gran parte de la colonización. Esto lo saben perfectamente todos los gobiernos americanos y la mejor prueba son sus continuos llamamientos á las emigraciones europeas. Estos acuden á millares aportando su inteligencia y sus capitales; y hay que confesar y reconocer que acudirían en número inmensamente mayor, si todos los gobiernos americanos, comprendiendo que el supremo interés del Nuevo Mundo estriba en atraer al mismo á los habitantes del viejo continente, procurasen dictar á favor de estos, leyes verdaderamente protectoras, asegurando á los simples braceros no solo la concesión de terrenos, si que también los medios de cultivarlos y hasta los de subsistencia interin estos no estén en estado de producir lo bastante

para ello; á los que vengán á invertir sus capitales estableciendo nuevas industrias, exenciones y privilegios temporales que ausilien y favorezcan el desarrollo de las mismas; á los hombres de inteligencia, fácil y ventajosa colocación, y á todos, en una palabra, seguridad de que nuestra América es bastante rica para recompensar con creces el trabajo y capitales que vengán á emplearse, y sus gobiernos bastante fuertes para proteger y poner á cubierto de todo atropello las personas y los bienes de los europeos.

Interin los gobiernos de las Repúblicas sur-americanas, y el mismo imperio del Brasil, siguen dictando medidas ó disposiciones que tienden á lo que dejamos indicado, y mientras se espera la llegada de europeos en una proporción que, dado el natural aumento de la población, sea suficiente á cubrir todas las necesidades que se dejan sentir, se abren nuevos caminos por los desiertos que llevan las ventajas de una fácil comunicación á pueblos poco menos que ignorados; los ferro-carriles atraviesan las Pampas, en otro tiempo inhabitadas; se levantan numerosas ciudades á orillas de los ríos, que abiertos á la libre navegación, surcan en crecido número los buques de vapor, y gracias á la multitud de líneas telegráficas, se han establecido rápidas y continuadas relaciones con todo el mundo. Nuestra joven América, en fin, figura honrosamente en las grandes exposiciones de la antigua Europa, invitando á esta á su vez para las pacíficas y fecundas luchas de la industria y de las artes.

Tal es el uso que en medio siglo han hecho los estados de la América del Sur de su libertad.

Y si esto es verdad ¿quién tiene el derecho de dudar de la aptitud de nuestra América para gobernarse, quien la de desesperar de su génio? ¿Por qué se ha de creer eternamente sumidos á todos sus estados en estériles agitaciones, cuando se encuentran llenos de esperanza en sí mismos, llenos de fé en un porvenir de fuerza, de prosperidad y de grandeza? ¿A qué móviles obedece el negar temeraria y sistemáticamente los progresos así morales como materiales que durante estos últimos años han realizado? ¿Cómo desconocer los adelantos de su educacion política, que si no es aun completa está ya muy adelantada, quizá tanto como la de alguna de esas naciones europeas que con tan orgulloso desprecio las vienen tratando? Si nuestra jóven y libre América prosigue por el camino emprendido durante estos últimos años, si dedica toda su actividad y el génio de sus hijos á completar y perfeccionar las mejoras materiales que les son indispensables para aprovecharse de las inmensas riquezas de su hermoso, fecundo y privilegiado suelo; si como hasta aquí cuida preferentemente de divulgar, de extender la instruccion, haciendo obligatoria además de gratuita la primaria; si persiste en el saludable propósito de destruir el fanatismo y la supersticion que tan hondas raices habia echado, sin permitir que el clero se entrometa bajo ningun pretexto en las candentes y apasionadas luchas de los partidos políticos; si cuida de atraer á los emigrantes europeos, fomentando así el cultivo de sus inmensas tierras, la industria y el comercio; si continua rindiendo culto fervoroso á las ideas de justicia, libertad y trabajo; si afirmándose como parece el

sentido político recto y fecundo con que despues de estériles y funestas experiencias se ha venido á reconocer que no puede tener ni libertad, ni paz, ni verdadero gobierno sino con la República, y que las democracias deben buscar siempre entre el elemento civil los hombres que las dirijan y gobiernen, proscribiendo en absoluto de la suprema magistratura al elemento militar propenso por naturaleza al cesarismo que es el más degradante de los despotismos; si nuestros compatriotas, repetimos, prosiguen sin dudas ni vacilaciones por este saludable camino, seguro es que el porvenir de la América del Sur será como dice Mármol, uno de sus más ilustres poetas, «inmenso como sus montañas, y sus mares, brillante como su cielo y sus resplandecientes astros.»

Nosotros no lo dudamos, no lo hemos dudado nunca, y animados de tan patriótico y consolador pensamiento damos por terminadas estas páginas.

FIN.